

ANA COMNENO EN EL PANORAMA DE LA CULTURA BIZANTINA

José Marín

[Originalmente en: "Ana Comneno en el panorama de la cultura bizantina", en:
Byzantion Nea-Hellás, nº 23, 2004, pp. 85-118.]

INTRODUCCION: ENTRE PREJUICIO Y VALORACIÓN

La imagen que hoy en día una persona común y corriente -y aun una con cierta formación cultural- puede tener del Imperio Bizantino, es bastante pobre. Apenas si identificará el nombre de algún emperador -tal vez Justiniano- o recordará algún hecho curioso, pero poco más. Nuestra expresión -despectiva, por cierto- de "discusiones bizantinas", entendidas como cuestiones que se pueden debatir eternamente sin que den fruto, o simplemente sin sentido, nos pone de relieve la ignorancia que existe, en general, no en el ámbito erudito -pero a veces también allí-, acerca de la Civilización Bizantina. Por otro lado, esto de las "discusiones bizantinas" se entronca directamente con el valor que se puede dar a las creaciones intelectuales del período. Es posible encontrar en la milenaria historia del Imperio épocas de escasa o nula producción literaria, pero no podemos, por esos momentos, calificar toda la historia imperial bizantina. Parafraseando a Umberto Eco¹, no se puede tomar como homogéneo, lo que homogéneo no es.

El público lego en la materia, de cultura escolar, es un heredero inconsciente de los prejuicios de la época del Humanismo y, sobre todo, de la Ilustración, que pusieron un acento muy marcado en la valoración de lo clásico, primero, y después, desprecio, o al menos indiferencia, por el cristianismo como ente civilizador. El resultado fue un prejuicio acerca de lo "medieval"

¹ Eco, U., "Diez modos de soñar la Edad Media". En: *De los espejos y otros ensayos*. Barcelona: Edit. Lumen, 1988: pp. 84-96

(occidental u oriental, da igual) que, a pesar de los esfuerzos de los eruditos, llega hasta nuestros días.

Gibbon y Montesquieu, ambos representantes de la Ilustración, veían en el Imperio Bizantino nada más que la continuación decadente del Imperio Romano, decadencia que se prolongó mil años (!), y su historia no era concebida sino como una trama interminable de revueltas y sediciones. Así, desde el siglo XVIII se ha hecho un lugar común concebir a la Civilización Bizantina como una interrupción, un paréntesis, entre el Mundo Clásico y su posterior "descubrimiento" por los humanistas del Renacimiento. A lo más, se reconocerá a Bizancio como un mundo que "pasiva" y casi "inconscientemente" sólo fue capaz de "conservar" un legado cultural que apenas conoció.

Quienes así piensan se engañan, pues durante sus mil años de existencia, Bizancio no sólo fue capaz de "conservar" el legado clásico, sino que, además, se sirvió de él, lo estudió, imitó y aprehendió, es decir, hizo suya la tradición clásica o, dicho de otro modo, se hizo parte de la misma, y ello con una naturalidad -dada su lengua, el griego- desconocida por los humanistas del Renacimiento².

Hoy en día, con el cúmulo de conocimientos que nos han legado varias generaciones de bizantinistas, desde fines del siglo XIX, la valoración del mundo bizantino y su legado ha cambiado y poco tiene que ver con la imagen -enfermiza- divulgada por la historiografía del siglo XVIII. Entre los estudiosos de Bizancio, por sus aportes, no se puede dejar de citar a A. Vasiliev, N. Baynes, J. Bury o L. Bréhier, entre los "pioneros", o a G. Ostrogorsky, D. Obolensky, F. Dvornik o P. Lemerle, entre los continuadores, y, finalmente, entre los más recientes, N. Oikonomides, G. Dagron, M. Kaplan, o A. Ducellier, entre otros. Es una enumeración mezquina, por cierto, pero medianamente representativa. En el ámbito hispanoamericano los estudios bizantinos son recientes. En 1968, y recogiendo un trabajo que había comenzado casi veinte años antes, se fundó en la Universidad de Chile, el Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos; en España, sea en Madrid, Barcelona o Granada, el interés por el tema se ha expresado en diversas publicaciones (v.gr. la obra del S. Claramunt, o la colección "Nueva Roma", que incluye estudios y fuentes) e investigaciones (en el CSIC, en Madrid, existe un grupo de bizantinólogos dirigidos por P. Bádenas); en Argentina, por otro lado, entre 2001 y 2002 se fundó un Centro de Estudios Bizantinos y del Cercano Oriente, a iniciativa de un grupo de profesores entre los que se destaca P. Ubierna, de la Universidad de

² Herrera, H., "Los estudios superiores en Bizancio", en: Herrera, H., *Dimensiones de la Cultura Bizantina*, Ediciones

Buenos Aires. En fin, a pesar de todo, desgraciadamente, el prejuicio ilustrado goza de muy buena salud entre el público no erudito: por mucho que los estudiosos hayan podido elaborar, seriamente, una imagen "histórica" de la realidad bizantina, el prejuicio del "oscurantismo" parece ser más poderoso, sobre todo a nivel escolar, y se sigue repitiendo, invariablemente, la noción de "edad oscura".

¿Es realmente oscura la época bizantina? Puede que sí, pero como advertía hace años un profesor, esa oscuridad se debe más bien al poco conocimiento que nosotros tenemos de ella. Apenas comenzamos a fijar mejor mejor nuestra mirada, y a dar luz sobre ciertos personajes (Procopio, Focio, Constantino VII, Ana Comneno, Nicéforo Blemmydes, etc.), o instituciones (la llamada Universidad, la Academia Patriarcal), o hechos (la organización de los estudios), comienza a delinearse un mundo enteramente nuevo ante nuestros ojos, donde -sin negar la existencia de épocas oscuras, como el siglo VIII- brilló por siglos la luz de la cultura y el saber.

I. CULTURA CLÁSICA-CULTURA CRISTIANA. LATÍN-GRIEGO

Como ha dicho F.G. Maier³, la historia de Bizancio comienza cuando Bizancio deja de llamarse así. En efecto, en el año 330 Constantino el Grande (307-337) fundó su nueva capital sobre las ruinas de la antigua Bizancio, ciudad fundada por griegos megarenses en el 657 a. C. La nueva ciudad, magníficamente reedificada y que se llamó Nueva Roma o Constantinopla - literalmente, la ciudad de Constantino-, se transformó rápidamente en un activo centro administrativo y cultural, que atrajo a gente de todo el Imperio y, más específicamente, a la clase senatorial romana como también a todos quienes querían hacer una carrera funcionaria, para lo cual debían aplicarse a los estudios del *trivium*. En efecto, el dominio de la cultura clásica fue una exigencia para los funcionarios del estado, tal como quedó tempranamente estipulado en el Código Teodosiano⁴.

Es probable, dice N. Wilson⁵, que Bizancio no haya alcanzado el nivel de vida y comodidades generalizadas en época romana, lo que habría repercutido en el comercio de libros y

de la Universidad de Chile y la Universidad Gabriela Mistral, 1998, Santiago, p. 306.

³ Maier, F.G., *Bizancio*, Ed. Siglo XXI, 1984, México.

⁴ Wilson, N., *Filólogos bizantinos*, trad. de A. Canovas y F. Piñero, Alianza, 1994 (1983), Madrid, p. 17.

⁵ *Ibid.*, pp. 16 y ss.

su factura, así como en la posibilidad de recibir buena educación. Por otro lado, W. Treadgold⁶ nos recuerda que en el Imperio Romano -como en épocas anteriores y posteriores, por cierto-, la mayor parte de la población era iletrada e, incluso, personas que llamaríamos educadas, a veces no conocían más que el alfabeto y algunos rudimentos básicos y necesarios, por ejemplo, para llevar cuentas.

En época bizantina nos encontramos con una sociedad que, en términos generales, se divide en tres estratos culturales: una pequeña élite cultivada, letrada e intelectual; un público relativamente letrado y un poco más amplio; y una gran masa iletrada de alrededor de un 95% de la población⁷. Por cierto que el aticismo influyó decisivamente en ello.

El cristianismo adoptó rápidamente el griego, y la cultura que traía aparejada⁸, otorgándole un nuevo contenido y alejándolo del excesivo formulismo y formalismo a que había llegado⁹. Además, en el mundo cristiano el libro jugó un rol esencial. El clero debía ser letrado para poder leer las escrituras, realizar la liturgia y conocer, al menos, rudimentos de teología¹⁰. El cristianismo, de hecho, no provocó cambios sustanciales en el sistema educativo de la época¹¹, sino que sirviéndose de él, lo continuó. Los Padres de la Iglesia, educados en las mismas escuelas y con los mismos maestros que los paganos contra quienes polemizan, rara vez se muestran hostiles hacia el saber clásico; la idea parece ser: "formas paganas, pero con espíritu cristiano", según se desprende

⁶ Treadgold, W., *A History of the Byzantine State and Society*, Stanford U. Press, 1997, Stanford, p. 128.

⁷ Mango, C., "Discontinuity with the classical Past in Byzantium", en: *Byzantium and the Classical Tradition*, Centre for Byzantine Studies, 1981, Birmingham, p. 49

⁸ v. Jaeger, W., *Cristianismo Primitivo y Paideia Griega*, Trad. de E. Frost, F.C.E., 1965 (Harvard, 1961), México D.F.

⁹ Treadgold, W., op. cit., p. 127.

¹⁰ Ibid., p. 128; *The Oxford Dictionary of Byzantium*, Oxford U. Press, 1991, Oxford, I, p. 677.

¹¹ Baynes, N., *El Imperio Bizantino*, Trad. de M. Díez-Canedo y F. Giner, F.C.E., Sexta Reimpresión, 1985 (Londres, 1925), México, p. 121.

de las recomendaciones de San Basilio Magno¹². No deja de ser sintomático que, entre los siglos tercero y cuarto, los autores griegos más leídos sea, justamente, cristianos¹³.

Constantinopla, en su calidad de capital imperial y, desde la segunda mitad del siglo IV con clara preeminencia sobre la sede occidental del Imperio Romano, se transformó en un foco de recepción e irradiación cultural. Del 372 data una orden dada al Prefecto de la ciudad para contratar escribas especializados en griego y latín, y que además pudiesen transcribir y reparar libros¹⁴; de la misma época data un plan para intensificar la copia de obras y evitar su pérdida¹⁵, lo que podría estar relacionado directamente con la existencia de una gran biblioteca en la ciudad y de escuelas de estudios avanzados. Constantinopla se eleva poco a poco al rango de metrópolis de la educación y, según O. Mazal¹⁶, hacia los años 476-477, su biblioteca contaba con ciento veinte mil volúmenes.

Mediante un edicto de Teodosio II y Valentiniano III, en 425, se organizaron los estudios en Constantinopla, teniendo como base una escuela de derecho ya existente¹⁷. El fruto de tal reforma es lo que algunos autores han llamado la "Universidad" de Constantinopla, palabra cómoda, pero que no refleja claramente su esencia. Mucho se ha discutido sobre la denominación en cuestión, señalando N. Wilson que la aplicación del término Universidad apenas puede justificarse, tratándose más bien de una escuela de estudios avanzados¹⁸.

Por cierto, el Edicto de Teodosio y Valentiniano era válido para Oriente y Occidente, pero, dada la situación en la *pars occidentalis* en el siglo V (crisis económica y social, invasiones), la "Universidad" de Roma no prosperó. Cuando el Imperio pierda sus provincias occidentales en 476,

¹² Wilson, N., op. cit., pp. 24 y ss.; *The Oxford...*, I, 677; Hunger, "The Classical tradition in Byzantine Literature: the importance of Rethoric", en: *Byzantium and...*, op. cit., p. 38; Treadgold, W., op. cit., p. 131. Decía San Basilio: "(III) Si hay una recíproca afinidad entre las dos doctrinas [se refiere a las letras clásicas y al cristianismo], puede sernos útil conocerlas; si no la hay, por lo menos el paralelo que nos muestra la diferencia, será de alguna utilidad para afirmarnos en la mejor. (IV) [Pondera el estudio de los poetas clásicos]... si somos astutos, tomaremos de ellos cuanto nos pueda convenir y que es verdadero, pasando por alto el resto... Será, pues, necesario, comenzar enseguida a examinar cada uno de estos estudios, para adaptarlos a nuestro objetivo... (V) Y como hemos de hacer un tesoro para la otra vida por medio de la virtud, ya que a menudo los poetas, a menudo los prosistas, pero con mucha mayor frecuencia los filósofos, la ponderan con sus himnos, habremos de dedicarnos [al estudio] de las obras [de] esos autores... (VIII) Empero, como decía al comienzo (...), no debemos admitir toda [la cultura antigua] indiscriminadamente, sino sólo lo que es útil". Saint Basile, *Aux jeunes gens sur la manière de tirer profit des lettres helléniques*, Ed. Les Belles Lettres, 1952, Paris, en: *Sobre la Educación Medieval*, Estudio preliminar, selección y traducción de fuentes de Raquel Homet, Ed. Tekne, 1ª Reedicción, 1985 (1979), Buenos Aires, p. 33

¹³ Ibid., p. 129.

¹⁴ Wilson, N., op. cit., p. 83.

¹⁵ Ibid., pp. 81 y s.

¹⁶ Mazal, O., *Manuel d'Etudes Byzantines*, trad. de l'allemand par C. Detienne, Brepols, 1995 (1988), Bruselas, pp. 187 y ss.

¹⁷ Herrera, H., art. cit., pp. 310 y s.

la vida intelectual en occidente será acogida por la Iglesia (escuelas episcopales, monasterios) y por mucho tiempo será raro encontrar laicos participando de la vida intelectual¹⁹.

Según el edicto ya mencionado, se establece el número de cátedras del auditorio oficial: trece para la lengua latina y quince para la griega. Aunque el latín seguirá siendo idioma oficial hasta el siglo VI, en Constantinopla el griego -una lengua de gran prestigio literario- era mucho más ampliamente hablado. Para la Biblioteca imperial de Constantinopla, bajo Teodosio I, se destinaron tres copistas latinos y cuatro griegos²⁰.

Existían, además, otras escuelas importantes en el Imperio, donde los estudiantes podían obtener lo que hoy llamamos una "especialidad". Entre las más renombradas escuelas de la Antigüedad Tardía²¹ se cuentan Antioquía, una populosa ciudad donde se podían profundizar los conocimientos de teología, para lo cual también se podía ir a Edessa; Beirut, por su parte, y hasta que la ciudad fue devastada por un terremoto a mediados del siglo VI, era un reputadísimo centro de estudios jurídicos²². En cuanto a la filosofía, Alejandría y Atenas eran los centros intelectuales por excelencia, con una tradición secular. La primera cayó en manos de los musulmanes en 642, cerrándose así un ciclo en la historia del helenismo, al iniciarse lo que D. Zakythinós llama "la Gran Brecha del Helenismo", que separa dos espacios histórico-culturales bien definidos y que abarca, aproximadamente, entre 640-650 y 820-850²³. La escuela de Atenas, entretanto, fue clausurada en el año 529 por orden del emperador Justiniano, con el fin de evitar la enseñanza pagana; así, suspendió el estipendio que se entregaba a los maestros paganos que allí enseñaban²⁴. Muchas veces se ha dado a este hecho un carácter de verdadera tragedia para la historia de la cultura y se le ve, entonces, como un hito en el proceso que lleva irremediablemente al "oscurantismo" medieval. No obstante, debe considerarse, primero, que la época del apogeo de la escuela de Atenas ya había pasado, y segundo, que la clausura no supuso el fin del cultivo de la filosofía en Atenas, aunque claramente los maestros lo hicieron con dificultades y sin apoyo público. El verdadero golpe, en Atenas y en toda Grecia, fue la invasión de los eslavos²⁵. La

¹⁸ Wilson, N., op. cit., p. 81.

¹⁹ Herrera, H., art. cit., p. 311.

²⁰ Ibid., pp. 316 y s.; Treadgold, W., op. cit., p. 127.

²¹ Wilson, N., op. cit., pp. 52 y ss.

²² Herrera, H., art. cit., pp. 309 y s.

²³ Zakythinós, D., "La Grande Brèche dans la tradition historique de l'hellénisme du Septième au Neuvième siècle", en: *Byzance: Etat -Economie - Société*, Variorum Reprints, 1973, London.

²⁴ Herrera, H., art. cit., p. 309; Baynes, N., op. cit., p. 129.

²⁵ Wilson, N., op. cit., p. 65; Treadgold, W., op. cit., p. 265.

decadencia de importantes centros no significó la desaparición de las escuelas provinciales, pero, a la larga, se dará una verdadera constantinopolización de la cultura²⁶.

Ya desde finales del siglo IV, pues, se aprecia claramente una diferencia entre el ámbito occidental y el oriental del Imperio. La división -en tanto sedes- que hizo Teodosio el Grande en 395 daba cuenta, así, del reconocimiento de la existencia de dos mundos culturales, uno griego -con grandes ciudades y poderosa tradición cultural- y el otro latino -que progresivamente se ruraliza y empobrece-.

Tal como se señaló, aunque hasta el siglo VI la lengua oficial es el latín, ya desde antes el griego fue ganando terreno, hasta relegar el conocimiento del latín a algún rincón de los intereses de algún erudito, siempre raro ciertamente. La verdad es que así como el conocimiento del griego desaparece en Occidente hacia el año 600²⁷, lo propio sucede con el latín en Bizancio²⁸. Un ejemplo claro del proceso lo entrega la labor legislativa de Justiniano, quien promulgó el *Corpus Iuris Civilis* en latín; sin embargo, es en su época cuando se comienza a legislar en griego, de más fácil comprensión para los habitantes del Imperio, ya que es la "*patrios foné*", la lengua patria, como dice el mismo emperador en una de sus leyes. El patriotismo romano, por así decir, cede frente al patriotismo griego.

Ya desde las conquistas de Alejandro Magno el griego se había convertido en la lengua común del Mediterráneo oriental, de manera que, con el retroceso de la latinidad, ella quedó como el vehículo de comunicación más corriente. No obstante, en Bizancio se generará un fenómeno especial, conocido como diglosía, ya que si bien todos se comunican en griego, no es lo mismo el griego hablado cotidianamente -la lengua koiné o demótica- y el griego de los círculos intelectuales y escritores -la lengua aticista o arcaizante²⁹- (por cierto, este fenómeno, en Grecia, llega hasta el siglo XX). Tal es así, que el aticismo llegó a ser un freno para que los estratos populares alcanzaran un más alto nivel de educación, y el monopolio de la clase cultivada y aristocrática en el dominio literario, impidió el ascenso de la lengua demótica al rango de lengua literaria³⁰. El aticismo se refiere a una lengua oficial, cortesana y literaria, que ni siquiera las élites hablaban corrientemente,

²⁶ Ducellier, A., "La culture: conservatoire ou creuset?" en: *Constantinople 1054-1261. Tête de la Chrétienté, proie de Latins, capital grecque*, dirigida por A. Ducellier et M. Balard, Ed. Autrement, Collect. Mémoires N° 40, 1996, Paris, p. 220.

²⁷ Desaparece en términos genéricos, claro está. Sobre su sobrevivencia y cultivo, Bádenas, P., "Andanzas y peripecias del griego en el medioevo europeo occidental", en: *Byzantion Nea Hellás* (=BNH), 22, 2003, pp. 75y ss.

²⁸ Mazal, O., op. cit., p. 130.

²⁹ Ibid., pp. 121 y ss.; Wilson, N., op. cit., pp. 20 y ss.; Ducellier, A., op. cit., p. 219; Hunger, op. cit., p. 37; Mango, C., op. cit., p. 49.

de modo que la lengua llega a ser una verdadera barrera social y cultural, y aunque persistan los dialectos locales o provinciales -y como consecuencia de la constantinoplización de la cultura-, ellos deben rendirse en la Capital³¹.

El aticismo llega a ser tan artificioso y desusado que, ya desde la época helenística, se publican léxicos o crestomatías de expresiones que se pueden usar o no en el escrito. Muchos manuscritos glosados dicen relación con el problema, ya que las glosas buscan explicar palabras que ya nadie utiliza³². El conservadurismo lleva, también, a que se sigan usando ciertas palabras de "prestigio" clásico, aunque el objeto a denominar sea otro; es el caso, entre muchos, de los godos, llamados escitas en las fuentes³³. Ello, evidentemente repercute en la correcta lectura que hoy podemos hacer de los textos. El conservadurismo bizantino, incluso, se acentuó con el paso del tiempo; así, Focio es "más clásico" que Theophanes, y Psellós lo es más que Constantino VII Porfirogénito, y la situación se hará más notoria en el siglo XI, en la corte de los Comneno³⁴.

II. LOS ESTUDIOS Y EL CURRÍCULUM

Durante la primera etapa de la niñez, la educación estaba entregada a los padres, quienes se preocupaban de enseñar al niño los rudimentos de la lectura y la escritura. A los siete u ocho años comenzaba la formación profana. A los diez años se iniciaban los estudios de gramática, comenzando con la obra de Homero³⁵, cuyos versos eran aprendidos de memoria. A pesar de la distancia temporal, Homero sigue siendo el "educador de la Hélade", pues Bizancio es parte y continuación natural de ella. Junto a la Ilíada, se leía la Biblia, igualmente aprendida de memoria.

En Bizancio el currículum se ordenó según un canon de materias didácticas o disciplinas que se remonta a la época helenística, siendo también recepcionado en Roma. Este orden o ciclo de los estudios se conoce como *enkyklios paidei* o *eleutheroi paideia*, lo que en Occidente llamamos

³⁰ Mazal, O., op. cit., p. 124.

³¹ Ducellier, A., op. cit., p. 220

³² Wilson, N., op. cit., pp. 21y s.; Baynes, N., op. cit. p. 133.

³³ Por ejemplo, "No existe una familia, por modesta que sea su fortuna, que no posea un esclavo escita", señala Synésios, queriendo decir "godo". Sinésios de Cirene, *Discurso sobre la Realeza*, Trad. de P. González , a partir de: *Le Discours sur la Royauté de Synésios de Cyrène à l'Empereur Arcadius*, Trad. de Christian Lacambrade, Les Belles Lettres, 1951, Paris, en: Kakarieka, J., *El Fin del Mundo Antiguo. Testimonios de los contemporáneos*, Ed. Universitaria, 1978, Santiago de Chile, pp. 30-40.

³⁴ Mazal, O., op. cit., p. 122.

³⁵ Ibid., p. 185; Baynes, N., op. cit., pp. 121 y ss.

las artes liberales, que incluyen el *trivium* y el *quadrivium*³⁶. Aunque el currículo se cristianizó, siguió sustentándose, esencialmente, en textos clásicos paganos. En general, el paso del paganismo al cristianismo no supuso cambios abruptos en el plan de estudios, ni en su composición ni en su relación con los libros de estudio, aparte de un intento -marginal, por cierto- de cristianizar todo el currículo o de "clasicizar" textos cristianos³⁷.

No está de más recordar que la Iglesia, en general, no acostumbraba en Bizancio a censurar textos ni a destruirlos; no hay noticias, porejemplo, de hogueras para quemar libros por su contenido pagano (aunque sí -pero son casos raros- cuando se trata de libros heréticos); pero no existió una política de destrucción de obras sino que, cuando mucho, se restringía su acceso³⁸.

El *trivium* (gramática -el arte de escribir y leer bien, aunque involucraba mucho más que eso-, retórica -el arte de hablar bien que, si bien en Bizancio tuvo menos importancia que en la República romana, nunca dejó de cultivarse-, y la dialéctica, o el arte del razonamiento ordenado y correcto) y el *quadrivium* (geometría, aritmética, astronomía y música) se remontan al siglo II a.C., y fue tal vez establecido hacia el año 100 a.C.³⁹. En Bizancio, de época en época, se pueden hallar algunas variaciones en el currículo, pero, en general, se mantiene bastante fiel al modelo original. Se trata de una formación sustentada en los textos clásicos (y allí reside su relación con el aticismo), y el que éstos se hayan incorporado al plan de estudios garantizó indudablemente su supervivencia⁴⁰. Aunque la enumeración puede resultar tediosa y algo extensa, es bueno señalar algunos de los autores estudiados en época bizantina: en gramática, como ya se dijo, se comenzaba con Homero, pero también se estudiaba a Dionisio el Tracio; para retórica, debía consultarse a Demóstenes, Lisias, Hermógenes o Menander el Rétor, como también Heródoto, Tucídides o Isócrates; la dialéctica incluía esencialmente el estudio de Aristóteles, aunque podía incluir a Porfirio. En cuanto al *quadrivium* -o *tetraktus* como se le llama en la cultura bizantina en el siglo VII-, para la astronomía había que recurrir a Ptolomeo y Arato; para aritmética se recomendaba a Euclides y a Nicómaco de Gerasa; para Geometría, Euclides o también Proclo. La música, por su parte, era una actividad de orden práctico⁴¹.

³⁶ Mazal, O., op. cit., pp. 185 y s.; Herrera, H., art. cit., pp. 306 y ss.

³⁷ Wilson, N., op. cit., pp. 24 y ss.

³⁸ Ibid., pp. 30 y ss.

³⁹ Ibid., p. 42.

⁴⁰ Ibid., p. 40.

⁴¹ Ibid., pp. 39 y ss.; Baynes, N., op. cit., pp. 122 y ss.

Aparte de los textos clásicos, también se consideraban, como es natural, textos cristianos, comenzando por la Biblia cuya lectura -a diferencia de Roma- nunca fue restringida a los laicos⁴². Así, para gramática y sintaxis se recurrió a los Salmos, o a discursos y sermones de san Gregorio Nacianceno, entre otros.

Señala con acierto H. Herrera que "no hay que hacerse grandes ilusiones acerca del contenido que encierra cada una de las materias de este plan"⁴³, ya que fue frecuente trabajar con crestomatías, florilegios y selecciones de textos, lo que llevó a una cultura de citas a menudo superficial, salvo excepciones.

Una vez que se ha completado el ciclo básico de los estudios -la *enkyklios paideia*- los jóvenes podían aspirar a estudios de especialización, con particular importancia en derecho y filosofía, aunque también se podía estudiar medicina o teología. El derecho era considerado esencial en la formación de los futuros funcionarios imperiales, y de allí el interés de Justiniano en promulgar el *Corpus Iuris Civilis*, donde en el prefacio a las *Instituciones*, el emperador dice a los estudiantes:

"Recibid con toda diligencia y con esmerada atención estas Leyes Nuestras, y mostráos tan instruídos en ellas que os pueda animar la hermosa esperanza de ser capaces, cuando el curso total de vuestros estudios esté completo, de gobernar nuestro imperio en las regiones que os sean encargadas"⁴⁴.

III. DEL SIGLO IV AL VIII: VISIÓN DE CONJUNTO

Si en los primeros siglos del Imperio podemos encontrar figuras notables en el plano de la cultura, y esfuerzos ciclópeos como la labor legislativa de Justiniano, no sucede lo mismo con la etapa siguiente, y habrá que esperar hasta el siglo IX para encontrar nuevos bríos en el ámbito de la dinastía macedonia.

En efecto, entre los siglos IV y VI se destacan hombres como Synésios de Cirene, un neoplatónico, San Juan Crisóstomo -cuyas dotes oratorias le valieron el apelativo de "el boca de

⁴² Buckler, G., *Anna Comneno. A Study*, Oxford U. Press, 2000 (1929), Oxford, p. 193.

⁴³ Herrera, H., art. cit., p. 307.

⁴⁴ *Constitutio Omnem*, 6 y II: *Constitutio Imperatoriam majestatem*, 7, cit. en: Herrera, H., art. cit., p. 319.

oro"- y que escribe en un griego muy aticista. Tenemos también el caso de la emperatriz Athenais-Eudoxia, esposa de Teodosio II e hija de un maestro ateniense, ella misma humanista y poeta, estudiante de retórica, literatura, filosofía y astronomía en Constantinopla. Otra mujer destacada es Pulcheria, hermana del emperador, y que recibió una esmerada educación. León I (457-474), que se preocupó de la instrucción de su hija con esmero, decía que prefería gastar dinero en profesores que en soldados⁴⁵. Entre los últimos representantes del periodo se cuenta al patriarca Sergio, gracias a sus estudios de historia y filosofía antiguas, llegando a establecer una relación de continuidad entre la época clásica y la suya.

Pero en el período que sigue, entre los siglos VII y IX, los nombres escasean, muestra palpable de la decadencia que sufieron los estudios en la época, aunque ello no significa que hayan desaparecido completamente.

El Imperio, durante todo ese tiempo, vivió una profunda crisis, tanto interna como externa, y cuyos detalles no viene al caso precisar ahora. Digamos solamente que en el plano interno el Imperio se vio desgarrado por la crisis iconoclasta (726-843) y, en el externo, sufrió las invasiones de musulmanes -que se hicieron con ricas provincias de gran tradición cultural (Egipto, Palestina, Siria)- y eslavos, que se instalaron en Grecia poniendo en peligro a la población helénica que tuvo que huir o refugiarse en las montañas. En un ambiente tan convulsionado difícilmente podía prosperar la vida intelectual, que siempre requiere de paz y estabilidad para florecer. En Grecia, entre 650 y 850 aproximadamente, la vida se empobrece y la actividad intelectual se detiene: unos graffitis de poco valor, escritos en el Parthenón, constituyen la única fuente escrita del período en Atenas, cuna de la especulación filosófica⁴⁶. El caso de Teodoro de Tarsos que, hacia 680, y huyendo de las tribulaciones, llega a Inglaterra portando manuscritos de varios autores griegos (Homero, Flavio Josefo, Juan Crisóstomo) y que funda una escuela de griego, es un caso aislado, excepcional y sintomático.

Entre los siglos VII y VIII el decaimiento de la instrucción cvlásica es notorio, lo mismo que la ausencia de maestros y la falta casi total de copias de manuscritos. La crisis y la contracción territorial implicaba que se necesitaban menos funcionarios, lo que repercutió directamente en la enseñanza. León III, hacia el 726, se lamenta de la poca instrucción de los funcinarios; muy pocos siguen escribiendo en ático; Pisida y su poseía heroica y religiosa no tiene continuadores, mientras

⁴⁵ Buckler, G., op. cit., p. 184.

⁴⁶ Zakythinós, D., art. cit., p. 300.

que la teología manifiesta un pobrísimo desarrollo⁴⁷. Probablemente, a comienzos del siglo IX la "Universidad" y la Biblioteca de Constantinopla eran sólo un recuerdo⁴⁸.

Solo desde fines del siglo VIII comienza a manifestarse una lenta recuperación (no sólo cultural y literaria, sino también política, social, militar, etc.), que dará sus frutos en la centuria siguiente, proyectándose hasta los siglos XI y XII. Es lo que se ha llamado el Renacimiento Macedonio.

IV. EL FLORECIMIENTO DE LOS SIGLOS IX Y X

1. Novedades: la minúscula y el papel.

La recuperación que se vive desde la segunda mitad del siglo VIII se relaciona, paradójicamente, con la Querella Iconoclasta, ya que, en medio del debate teológico, se fomentó la lectura y, como se requerían más textos, también se necesitaron más copistas⁴⁹.

Éstos habían adoptado un nuevo tipo de letra, a la vez que un nuevo material escriptuario, los dos avances más relevantes del período, según N. Wilson⁵⁰, y que servirán de base material y técnica para el florecimiento de las letras en la centuria siguiente

Durante el siglo VIII comenzó a experimentarse con un nuevo tipo de letra, la minúscula, para reemplazar la letra uncial, al principio sin gran efecto; pero ya en el siglo IX se encuentra ampliamente difundida⁵¹. "El manuscrito griego en minúsculas más antiguo conocido es del 835, escrito en pergamino en el monasterio de S. Sabas de Jerusalén por un monje Stoudita, Nicolás, y conservado hoy en la biblioteca de San Petersburgo, es el llamado Tetraevangelio Uspenskij"⁵². No se sabe exactamente dónde ni cuándo se inventó la minúscula y, por tanto, su núcleo de difusión;

⁴⁷ Treadgold, W., op. cit., pp. 369 y ss.

⁴⁸ Herrera, H., art. cit., p. 321.

⁴⁹ Treadgold, W., op. cit., p. 559.

⁵⁰ Wilson, N., op. cit., pp. 98 y ss.

⁵¹ Ibid., pp. 101 y s.; Treadgold, W., op. cit., p. 559; Mazal, O., op. cit., p. 156.

⁵² Herrera, H., art. cit., p. 313.

aunque algunos sospechan del monasterio de Stoudios⁵³ -centro religioso de gran prestigio y que tuvo un rol protagónico durante la Querrela Iconoclasta-, no hay pruebas suficientes para afirmarlo⁵⁴. La adopción del nuevo tipo de letra facilitó la copia de manuscritos, ahorrando el tiempo invertido en esa labor, a la vez que significó economía de material -más texto cabe en menos espacio- y contribuyó a la fluidez de la lectura⁵⁵.

El otro avance importante tiene que ver con el soporte material de la escritura: el uso del papel. El conocimiento de la fabricación del papel fue aprendido, de unos prisioneros chinos por los árabes, después de la batalla de Samarkanda, a fines del siglo VIII, y desde allí llegó a Bizancio. El uso del papel se extendió rápidamente, entre los siglos IX y X con cierta timidez, para ya desplazar en forma definitiva al papiro en el siglo XI. El libro griego más antiguo conservado, en papel, es el *Vat. Gr. 2200*, conservado en la Biblioteca Vaticana, y datado hacia el año 800⁵⁶.

Estos adelantos implicaron, naturalmente, una mayor producción literaria -piénsese, por ejemplo, en el caso de la monja Cassia (c. 810), de quen se sabe casi nada⁵⁷- y un renacido interés por conservar y coleccionar lo que podía quedar de la herencia clásica⁵⁸.

2. Reorganización de los estudios.

Entre mediados del siglo IX y el siglo XI se vive en el Imperio un verdadero florecimiento cultural en torno a los estudios clásicos. Es lo que se ha dado en llamar "Renacimiento Macedonio", nombre que le viene de la dinastía reinante en la época. Un hito importante en el proceso lo constituye la reorganización de la "Universidad" de Constantinopla, llevada a cabo por el César Bardas; en verdad, lo que hizo fue establecer una escuela en el Palacio de la Magnaura, la que puso a cargo de León el Matemático⁵⁹, un verdadero autodidacta, lo que demuestra que para ese momento era bastante difícil conseguir una educación formal de buena calidad en la Capital⁶⁰.

⁵³ Treadgold, W., op. cit., p. 559.

⁵⁴ Wilson, N., op. cit., p. 102.

⁵⁵ Herrera, H., art. cit., p. 313; Treadgold, W., op. cit., p. 559.

⁵⁶ Wilson, N., op. cit., p. 98 y ss.; *The Oxford...*, III, p. 1579.

⁵⁷ Buckler, G., op. cit., p. 184; Treadgold, W., op. cit., p. 564.

⁵⁸ Ducellier, A., op. cit., p. 221.

⁵⁹ *The Oxford Dictionary...*, I, pp. 255, 677.

⁶⁰ Herrera, H., art. cit., p. 321.

La nueva escuela de la Magnaura contaba con profesores de geometría, astronomía y gramática⁶¹, y se trataba de la primera escuela pública desde la época de Heraclio⁶².

3. El Patriarca Focio

Sin duda que la primera gran figura de este renacer del saber en Bizancio fue el patriarca Focio (858-867/878-886), tristemente célebre por el cisma que protagonizó con la iglesia romana a raíz del problema del *Filioque*. No hay libro que se refiera a la cultura bizantina que no dedique al menos algunas líneas a la vida y obra de Focio, intelectual, hombre de Iglesia y de Estado, y además, verdadero artífice, junto al emperador Miguel III, de la expansión misional bizantina, y que llevará su cultura y su religión a los pueblos eslavos⁶³.

Focio, quien vivió entre 810 y 893, nació al parecer en el seno de una familia acomodada, la que pudo brindarle una buena educación. Su padre, Sergio el Confesor, era un iconodulo, esto es, un defensor de las imágenes. Antes de llegar al patriarcado, Focio ya tenía fama de hombre sabio, y había desarrollado algunas tareas como funcionario imperial, probablemente participando en una embajada bizantina ante el califa Mutawakil, en 855. Podemos hacernos una idea de su amplia cultura a partir de su obra más conocida, el *Myriobiblion*, también llamada la *Bibliotheca*, una suerte de registro o inventario de sus lecturas⁶⁴. En esta obra el autor, en 280 capítulos, da cuenta de 386 libros, incluyendo autores profanos y cristianos. En algunos casos, Focio comenta la obra; en otros, la resume; a veces nos entrega datos biográficos del autor, realiza una crítica de estilo, e incluso se da el trabajo de transcribir fragmentos completos de la obra que comenta. “Focio es virtualmente el inventor de las reseñas de libros”⁶⁵. Así, el trabajo del patriarca no es meramente el del recopilador; por otro lado, muchos de los autores recogidos sólo los conocemos gracias a la paciente labor del patriarca, ya que, por una u otra razón, sus obras se han perdido

⁶¹ Ibid., p. 322; Baynes, N., op. cit., p. 133.

⁶² Treadgold, W., op. cit., p. 561.

⁶³ Para no recargar de citas esta parte del trabajo, remitimos al lector a: Wilson, N., op. cit., pp. 133-173; Mazal, O., op. cit., pp. 143 y ss; *The Oxford...*, III, p. 1669; Treadgold, W., “Photius and the reading public for Classical Philology in Byzantium”, en: *Byzantium and...*, op. cit., pp. 123 y ss.; Treadgold, W., op. cit., pp. 562 y s.; Herrera, H., art. cit., pp. 323 y s.; Lemerle, P., *Le Premier Humanisme Byzantin. Notes et remarques sur Enseignement et Culture à Byzance des origines au Xe Siècle*, P.U.F., 1971, Paris, pp. 177-204; Dvornik, F., “Patriarch Photius, Scholar and Statesman”, en: *Classical Folia. Studies in the Church Perpetuation of the Classics*, 13 y 14, 1959 y 1960, New York, pp. 3-18 y 3-22, ahora en: Dvornik, F., *Photian and Byzantine Ecclesiastical Studies*, Variorum Reprints, 1974, London.

⁶⁴ v. Jalkiopulu, María N., “El Catálogo de la *Bibliotheca* de Focio”, en: BNH, 11-12, 1991-1992, pp. 116 y ss.

irremediamente. Es el caso, por citar uno, de los fragmentos de Olympiodoro de que disponemos hoy en día.

Estudió Focio literatura, historia, ciencia, filosofía (conocía a Platón y Aristóteles), teología (como se aprecia en su *Amphilochia*) y filología (su *Lexicon*, un diccionario etimológico, demuestra su preocupación por la lengua helénica). Focio es quien, después de la Gran Brecha, supo ligar en forma definitiva al Imperio Bizantino con el legado clásico. Entre sus discípulos y alumnos se habrían contado San Cirilo, apóstol de los eslavos, el emperador León VI el Sabio y Aretas de Patras, otra de las figuras claves del llamado Renacimiento Macedonio⁶⁶.

4.Constantino VII Porphyrogénito

Otro personaje que merece nuestro reconocimiento, es el emperador Constantino VII Porphyrogénito (913-959), hijo de León VI el Sabio y de su cuarta esposa, Zoé Carbonopsina⁶⁷. Coronado emperador a los cinco años de edad sólo ejerció el poder efectivamente entre los años 945 y 959⁶⁸. Constantino no debe su fama a su genio político ni a una carrera militar coronada de victorias; gobernante mediocre, pasó la mayor parte de su vida en Palacio -mientras otros, especialmente Romano Lecapeno⁶⁹, se hacían cargo de la conducción del Imperio- dedicando su tiempo y energías a su mayor interés: las letras. Infatigable estudioso y prolífico escritor, se deben a su inspiración o a su pluma importantes obras del llamado "primer humanismo bizantino"⁷⁰. En sus escritos -en los que intervino directa o indirectamente- se cuentan el *De Cerimoniis Aulae Byzantinae*, preciosa fuente para el conocimiento de la liturgia imperial bizantina y, a través de ella, del espíritu imperial que animaba a Bizancio; los *Excerpta*, "voluminosa enciclopedia de temas

⁶⁵ Wilson, N., op. cit., p. 139.

⁶⁶ Ibid., p. 174; Treadgold, W., op. cit., p. 562.

⁶⁷ Remitimos al lector a: Wilson, N., op. cit., p. 201 y ss.; Herrera, H., art. cit., pp. 324 y s.; *The Oxford*, I, p. 502 y s.; Treadgold, W., op. cit., p. 564.

⁶⁸ v. Malleros, F., *El Imperio Bizantino (395-1204)*, Ediciones del Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos "Fotios Malleros" de la Universidad de Chile, 2ª Ed. revisada, aumentada y actualizada, 1987 (1951), Santiago de Chile, pp. 241 y s.; Ostrogorsky, G., *History of the Byzantine State*, Transl. by J. Hussey, Rutgers University Press, 1957, New Brunswick - New Jersey, pp. 246 y ss.; Vasiliev, A., *History of the Byzantine Empire*, The University of Wisconsin Press, 1964 (1928), Madison and Milwaukee, vol. 1, p. 302.

⁶⁹ v. en general: Runciman, S., *The Emperor Romanus Lecapenus and his Reign. A Story of Tenth-century Byzantium*, University Press, 1963 (1929), Cambridge.

⁷⁰ v. Lemerle, P., op. cit., 297-299.

selectos"⁷¹, obra de la cual apenas se conservan algunos fragmentos; una biografía de Basilio I, su abuelo, incorporada a la *Cronographia* del Continuator de Teophanes, y que fue encargada por el mismo Porphyrogénito, o tal vez escrita por él; el *De Thematibus*, interesante exposición histórico-geográfica acerca de las provincias imperiales. Quizá su obra más interesante sea el *De Administrando Imperio*, escrita entre los años 948 y 952, un impresionante manual acerca del cómo debe administrarse el Imperio, dedicado a su hijo Romano -que murió a los veinticuatro años-, a quien se lo habría entregado como obsequio⁷².

En el *Proemio*⁷³, después de afirmar que es por Dios que los reyes reinan, señalando el origen divino del poder, dice a su hijo que debe instruirse en aquellas materias que son de interés para el Imperio, conociendo no sólo su presente, sino también su pasado, con el fin de obtener una experiencia que le permita enfrentar con vigor los problemas propios de la conducción del Imperio, sabiendo, por ejemplo, cuáles son las fortalezas y debilidades de las naciones vecinas y "cómo tratar y conciliar con alguno, u oponerse y hacer la guerra"⁷⁴; para ello el joven deberá estudiar "las diferencias entre otras naciones y sus órdenes y costumbres y modo de vida, y la posición y ubicación y clima de la tierra que los cobija, su descripción y sus medidas, y más todavía lo concerniente a los eventos que han acontecido a través de las edades entre los Romanos y las diferentes naciones..."⁷⁵.

El *D.A.I.* no es, pues, sólo un tratado teórico que versa sobre el *deber ser* del buen emperador, a la manera de los llamados *espejos de los príncipes*, de los cuales hay numerosos ejemplos en la historia bizantina, sino un manual práctico para el buen gobierno del Imperio y, como tal, de carácter reservado, secreto. A Constantino le interesa que su hijo conozca adecuadamente el "estado" sobre el cual habrá de gobernar, así como su entorno, para que aprenda a relacionarse con éste de la manera más provechosa para Bizancio. Desde este punto de vista, estamos frente a una fuente de valor excepcional para el estudio de la política exterior del Imperio, así como para la comprensión de los imperativos y principios que regulan su diplomacia. Además

⁷¹ Herrera, H., art. cit., p. 325. v. tb. Dain, a., "La transmission des textes littéraires classiques de Photius à Constantin Porphyrogénète", en: *Dumbarton Oaks Papers*, 8, 1954, p. 43; Wilson, N., op. cit., pp. 204 y ss.

⁷² v. Diehl, C., *Figures Byzantines*, Librairie Armand Colin, 13^a Ed., 1948, Paris, Première Série, pp. 220 y ss.; Wilson, N.G., op. cit., pp. 205 y s.; Vasiliev, A., op. cit., pp. 362 y s.; Ostrogorsky, G., op. cit., pp. 190 y s.; Malleros, F., op. cit., pp. 243 y s.; Constantine Porphyrogenitus, *De Administrando Imperio* (=D.A.I.), Greek text edited by G. Moravcsik, English Transl. by R. Jenkins, Corpus Fontium Historiae Byzantinae, Trustees for Harvard University, vol. I, Third Impression, 1993 (1948), Washington, *General Introduction* by R. Jenkins, pp. 7 y ss.

⁷³ v. *D.A.I.*, Proemio (P), pp. 44-47.

⁷⁴ *D.A.I.*, P, 26-27, p. 46.

⁷⁵ *D.A.I.*, P, 14-22, pp. 44 y ss.

la obra es valiosa por los numerosos datos históricos que el autor incluye en su escrito en relación a los pueblos limítrofes del Imperio, entregando al lector, en cincuenta y tres capítulos, una verdadera descripción del mundo de la época, desde la península Ibérica hasta la estepa pónica habitada por rusos y petchenegos, en el eje occidente-oriente, y, de norte a sur, desde Moravia hasta el Africa Islámica, pasando por pueblos como los francos, lombardos, venecianos, húngaros, eslavos balcánicos, búlgaros, jazaros, por nombrar sólo a los más relevantes. Para el estudio de la historia de prácticamente todos esos pueblos, y evidentemente de sus relaciones con Bizancio, el *D.A.I.* es de consulta obligada.

No deja de ser interesante destacar que el Porphyrogénito en dos ocasiones, tanto en el Proemio del *D.A.I.* como en el del *De Cerimoniis*, dice expresamente que escribe en lenguaje sencillo, ya que su fin no es lucirse haciendo gala de aticismo, sino enseñar⁷⁶. Se ha señalado con frecuencia que Constantino VII no fue más que un compilador erudito; lo cierto es que su marcado enciclopedismo⁷⁷, que implicaba seleccionar al mismo tiempo que sacrificar⁷⁸, fue fundamental para la conservación y transmisión de la obra de muchos autores griegos y romanos⁷⁹. De hecho, como apunta Ducellier⁸⁰, el movimiento de restauración y preservación de la cultura tiene una culminación con el Porphyrogénito, quien además renovó la Escuela de Constantinopla, nombrando catedráticos, becando estudiantes y estimulando el estudio⁸¹. Se trata de uno de los pocos casos de mecenas que conoce el mundo medieval.

Durante el siglo X se estudió con ahínco la filosofía aristotélica, platónica y neoplatónica. Del oriente musulmán abásida, donde en esta época se persigue a los cultores de la filosofía helénica, llegan a Constantinopla algunos sabios cargando con valiosos manuscritos, que se remontan a antiguas bibliotecas romanas, o que habían llegado a Persia junto con la migración de maestros atenienses poco después de la clausura de la escuela de Atenas en el siglo VI.

⁷⁶ Wilson, N., op. cit., p. 203. Del Proemio del *De Cerim.*: "...para que el trabajo que hemos escrito sea claro y comprensible, hemos usado un estilo popular y simple, y empleado los mismos conceptos y palabras que han sido aplicados por un prolongado uso y que son generalmente corrientes en cada provincia." En: Barker, E., *Social and political thought in Byzantium from Justinian I to the last Palaeologus. Passages from Byzantine writers and documents*, translated with an Introduction and notes by Ernest Barker, Oxford, At the Clarendon Press, 1957, pp. 103 y s.

⁷⁷ *The Oxford...*, I, p. 696.

⁷⁸ Herrera, H., art. cit., p. 325.

⁷⁹ Treadgold, W., op. cit., p. 564.

⁸⁰ Ducellier, A., op. cit., p. 221.

V. LOS SIGLOS XI Y XII. PSELLÓS Y LA FILOSOFÍA

Los frutos de la renovación cultural precedentemente descrita, maduraron en el siglo XI, época de contrastes que, en el plano cultural, marca un apogeo que se extenderá hasta la centuria siguiente, pero en otros ámbitos señala el inicio de la decadencia bizantina: pérdida de territorios en Occidente y Oriente, debilidad militar y, desde los años 1080-1090, crisis financiera de proporciones, además de sufrir el golpe de las Cruzadas, con una trágica culminación en 1204⁸². Hasta el siglo XII, sin embargo, todavía Bizancio es el estado más rico y culto del Mediterráneo, pero el futuro parece estar reservado para las emergentes potencias occidentales⁸³.

Sin duda que la figura más sobresaliente de la intelectualidad bizantina del siglo XI es Miguel Psellós (1018-1078)⁸⁴, quien llegó a ser maestro de la Escuela de Constantinopla. Constantino IX Monomaco (1042-1055) habría restaurado los estudios de derecho y filosofía en la Capital, que se encontraban alicaídos desde hacía tiempo. A pesar de una opinión generalizada, el emperador no fundó una “Universidad”⁸⁵ ni nada parecido, sino que dio nuevos impulsos a los estudios al crear los cargos de “guardián de la ley” (nomophylax) y el título de “cónsul de los filósofos” (*hypatos ton filosofon*)⁸⁶, el que recayó, precisamente, en Psellós. Junto a él se destacaron Juan Xifilin (*nomofilax*) y Constantino Likudes, culminando ambos sus carreras como patriarcas⁸⁷.

Psellós, dice Ducellier⁸⁸, fue un verdadero maniático del saber, que llegó a tener dominio de una amplia gama de disciplinas: a los 25 años conocía la retórica, la filosofía, especialmente la platónica, geometría, música, leyes, astronomía, medicina⁸⁹, además de interesarse por la astrología y la magia, sin renegar de su ortodoxia sustentada en sus lecturas bíblicas y patrísticas⁹⁰; según él

⁸¹ Wilson, N., op. cit., pp. 201 y ss.; Herrera, H., art. cit., p. 325.

⁸² Por ahora no entraremos en más detalles. El lector interesado puede revisar Marín, J., “Los últimos siglos de Bizancio”, en: BNH, 22, 2003, pp. 193 y ss.

⁸³ Laiou, A., “Why Anna Komnene?”, en: Gouma-Peterson, Th. (ed.), *Anna Komnene and her Times*, Garland Publishing Inc, 2000, New York & London, p. 2

⁸⁴ Herrera, H., art. cit., pp. 326 y s.; Wilson, N., op. cit., pp. 220 y ss.; Mazal, O., pp. 154 y ss.; *The Oxford...*, III, pp. 1754 y s.; Buckler, G., pp. 179 y ss.; Ducellier, A., op. cit., pp. 222 y ss.; Niarchos, C., “The Philosophical Background of the Eleventh Century Revival of Learning in Byzantium”, en: *Byzantium and the Classical...*, op. cit., pp. 129 y ss.; Treadgold, W., op. cit., p. 691.

⁸⁵ Baynes, N., op. cit., p. 133.

⁸⁶ Ducellier, A., op. cit., p. 224.

⁸⁷ Treadgold, W., op. cit., p. 691; Herrera, H., art. cit., p. 327.

⁸⁸ Ducellier, A., op. cit., p. 224.

⁸⁹ Buckler, G., op. cit., p. 180; Mazal, O., op. cit., pp. 163 y ss.

⁹⁰ Wilson, N., op. cit., p. 222.

mismo decía, estaba interesado en cinco culturas: caldea, egipcia, griega, judía y cristiana⁹¹. El ambiente intelectual durante la juventud de Psellós parece haber sido poco motivante; él mismo critica a los maestros y señala que lo que aprendía, lo hacía por iniciativa propia⁹². Dice Psellós, aunque parece una exageración difícil de creer, que a los 14 años era capaz de recitar la *Iliada* de memoria. Consejero imperial, en su galería de retratos contenida en la *Cronographia*, dice que Basilio II Bulgaróctono (976-1025) despreciaba a los intelectuales, pero que, a pesar de ello, se encontraban en su época algunos hombres cultivados⁹³; de Constantino VIII (1025-1028) recuerda que apreciaba poco las letras, y que apenas tenía el nivel de educación de los niños, mientras que Romano III (1028-1034) apenas balbuceaba a los clásicos, de los cuales no tenía sino una formación muy superficial⁹⁴.

El auténtico amor por el conocimiento que manifiesta Miguel Psellós contrasta con el utilitarismo imperante en su época, que consideraba a la educación como antesala de un empleo⁹⁵. Tal actitud fue objeto de una fuerte crítica por parte de los intelectuales, y Ana Comneno –de quien ya diremos algo- comparte los juicios de Psellós cuando se manifiesta en contra de la formación utilitarista, especialmente de la esquedografía –un esquematismo caricaturesco de la retórica-, ya que implicaba el desprecio y menoscabo de la *enkyklios paideia*, esto es, la formación general⁹⁶.

Psellós bebió ansiosa y provechosamente de las fuentes clásicas, especialmente orientado a la filosofía platónica, que florece en el siglo XI⁹⁷. Como bien puede suponerse, la formación intelectual estaba fuertemente influenciada por la religión, y la filosofía pagana –aristotélica o platónica, según el caso- se estudiaba como un complemento de la educación cristiana. Para Psellós y su círculo –señala Niarchos⁹⁸- el helenismo es visto como complementario a las tradiciones cristianas, destacándose el esfuerzo por conciliar ciencia y fe. Para Psellós, los conceptos griegos son esenciales para comprender el cristianismo, así como el helenismo debe comprenderse a la luz de la fe, y nunca llegó a considerar la filosofía pagana por sobre las Sagradas Escrituras⁹⁹.

⁹¹ Ibid., p. 224.

⁹² Ibid., p. 221; Ducellier, A., op. cit., p. 223.

⁹³ Psellós, *Cronographia*, I, XXIX (texte établi et traduit par E. Renauld, Les Belles Lettres, 1967, Paris, p. 18). Herrera, H., art. cit., p. 326; Ducellier, A., op. cit., p. 223.

⁹⁴ Psellós, *Cron.*, III, II, pp. 32-33. Herrera, H., art. cit., p. 326; Ducellier, A., op. cit., p. 223.

⁹⁵ Id.

⁹⁶ Ibid., p. 226. v. Ana Comnena, *Alexiada*, XV, VII, 9, p. 613 (Trad. de E. Díaz R., Ed. Universidad de Sevilla, 1989, Sevilla).

⁹⁷ Mazal, O., op. cit., p. 155.

⁹⁸ Niarchos, op. cit., pp. 129 y ss.

⁹⁹ Ibid., p. 130.

Sin embargo, su platonismo fue visto críticamente por algunos círculos conservadores de la Capital. La condena no recayó directamente sobre él –que habíase recluido en un monasterio en 1055, después de caer en desgracia en los círculos imperiales-, sino sobre uno de sus discípulos más destacados, Juan Italos (c. 1025-c. 1082)¹⁰⁰. Éste, que había reemplazado a su maestro en la cátedra de filosofía y era un ferviente seguidor del neoplatonismo, debió hacer frente a grupos conservadores y eclesiásticos, siendo acusado de cultivar el paganismo por preferir las doctrinas de los filósofos griegos a la de los santos Padres. Condenado en 1082, en uno de los raros conflictos de este tipo en Bizancio, tuvo que abandonar su cátedra en Constantinopla¹⁰¹. Es muy posible que la condena de Italos –que revela la creciente influencia de la iglesia- haya estado dirigida no sólo a él, sino también a Psellós y sus seguidores.

No se puede pasar revista a la cultura de los siglos XI y XII sin mencionar otra figura destacadísima, esta vez una mujer: Ana Comneno. Pero, dada su importancia –y nuestro interés- merece un capítulo aparte.

VI. ANA COMNENO. ÉPOCA, VIDA Y OBRA.

1. Mujeres e intelectualidad en la corte de los Comneno

Aunque no haya sido algo corriente, no es del todo inusual encontrarse con mujeres instruidas en la historia bizantina, además de otras que tuvieron protagonismo en asuntos políticos, comenzando por Teodora, la esposa de Justiniano y tan vilipendiada por Procopio en su *Historia Secreta*¹⁰², y continuando, por ejemplo, con Irene, a fines del siglo VIII y comienzos del IX, que le vació los ojos a su hijo y se autoproclamó *basileus*, para ser inmediatamente derrocada. También hubo amantes sobresalientes, como la ya mencionada Zoé Carbonopsina, cuyo matrimonio con León VI causó gran revuelo en la Iglesia Ortodoxa¹⁰³. Ahora bien, en el plano cultural, los siglos XI y XII sobresalen por sus mujeres¹⁰⁴, que también estuvieron relacionadas con el poder, pudiéndose

¹⁰⁰ Wilson, N., op. cit., pp. 217 y ss.; Herrera, H., art. cit., pp. 328 y s.; Mazal, O., op. cit., p. 155; *The Oxford....*, II, 1059-1060; Ducellier, A., op. cit., p. 222; Niarchos, C., op. cit., p. 131; Treadgold, W., op. cit., 691.

¹⁰¹ v. Wilson, N., op. cit., p. 218, donde se reproducen las principales acusaciones en su contra.

¹⁰² v. Procopio, *Historia Secreta*, Trad. de J. Signes C., Gredos, 2000, Madrid.

¹⁰³ V. Ossandón, M.E., "Notas acerca de la Tetragamia de León VI el Sabio", en: BNH, 17-18, 1998-1999, pp. 61 y ss.

¹⁰⁴ Hill, B., *Imperial Women in Byzantium. 1025-1204. Power, Patronage and Ideology*, Longman, 1999, London &

hallar en esa época a varias emperatrices cultas¹⁰⁵, participando en política, administración, educación y formando parte de círculos ilustrados¹⁰⁶.

Según nos refiere Miguel Psellós, en términos de filial elogio, su madre no sólo se preocupó de animarlo a estudiar, sin escatimar esfuerzos de ningún tipo, incluidos los materiales, sino que ella misma estudiaba en secreto; pero cuando el filósofo habla de su hija, que murió siendo aún una niña, señala que ella estudiaba, ya abiertamente¹⁰⁷. Ello puede dar una idea de los cambios que se vivieron, en relación al rol de la mujer, entre fines del siglo X y mediados del siglo XI. Al parecer, no había dificultad para que una mujer estudiase, pero las que deseaban hacerlo eran pocas¹⁰⁸.

Respecto del ámbito cortesano, sabemos que estaba integrado por mujeres que, más allá de las tareas domésticas que se esperaba que cumplieran, y de su espacio, el *gynecio*, mostraban interés por el estudio, lo fomentaban, actuaban como mecenas, pero que, a diferencia de Ana, no se trata de mujeres escritoras¹⁰⁹.

En general, la corte de los Comnenos se caracterizó por su refinamiento y Constantinopla, en ese entonces, es el principal centro cultural del Imperio¹¹⁰. Cuando Alejo llegó al poder la situación era distinta y, como relata su hija, una mujer, Ana Dalassena –de cuyas facultades intelectuales y habilidades políticas se preocupa la escritora¹¹¹–, fue la encargada de poner orden en la corte, que en el período anterior estaba convertida en un lupanar, transformándola en un lugar dedicado al estudio y la oración¹¹²:

“Volviendo a ella, diré que era la mayor gloria tanto del sexo femenino, como del masculino, y un adorno de la naturaleza humana; ella transformó, mejoró e impuso un orden digno de elogio en el gineceo de palacio, que estaba totalmente corrompido desde que el famoso Monomaco asumiera el mando del Imperio y que había sido el centro de insensatas pasiones hasta el reinado de mi padre. Pudo comprobarse entonces cómo el palacio gozaba de

New York, *passim*

¹⁰⁵ Buckler, G., *op. cit.*, p. 185.

¹⁰⁶ Reinsch, D., "Women's Literature in Byzantium? The case of Anna Komnene" (transl. From the german by Th. Dunlap), en: Gouma-Peterson, Th., *op. cit.*, p. 94.

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 86; Hill, B., *op. cit.*, pp. 41 y s.

¹⁰⁸ Buckler, G., *op. cit.*, p. 184.

¹⁰⁹ Reinsch, D., *op. cit.*, p. 86.

¹¹⁰ Ducellier, A., *op. cit.*, p. 219.

¹¹¹ Reinsch, D., *op. cit.*, p. 89.

¹¹² Diehl, Ch., *op. cit.*, I, pp. 317 y ss., II, 32. v. *Alexiada*, III, VIII, 2 (pp. 193 y s.).

un orden encomiable; en efecto, delimitó las horas de los himnos divinos, fijó el momento de la comida y de la elección de los magistrados y se convirtió ella en hito y modelo de todas las actividades, de modo que el palacio acabó por tener más apariencia de un sagrado lugar de meditación que de lo que realmente era”.

Irene Doukaina, la madre de Ana, según ésta relata, leía a Máximo el Confesor¹¹³, al tiempo que ejercía el patrocinio intelectual, como cuando encargó a Nicéphoro Bryennio escribir una historia de Alejo I, obra inacabada y que habría de completar la misma Ana¹¹⁴.

También se vislumbra en la época una actitud más conservadora, según la cual los estudios de las mujeres deben ser sólo los necesarios para guiar la educación de los hijos, y que sus lecturas deben orientarse preferentemente a las Sagradas Escrituras y los Santos Padres, excluyendo la literatura profana¹¹⁵. J. Anderson, en un notable trabajo, establece cómo el libro fue un elemento de gran importancia en la corte de los Comneno, especialmente entre las mujeres. Para ello estudia la iconografía, especialmente el *Menologion* de Basilio II, donde comparecen elementos de identificación de los santos retratados, como libros y rollos (*volumina*), pero sólo si se trata de hombres; en el caso de profetas y monjes, éstos portan rollos, símbolo de la sabiduría antigua, y en el caso de los obispos, encontramos libros, representando su letrado saber. Señala Anderson que el *Menologion* sugiere que las mujeres no eran comúnmente educadas en el nivel de un obispo. Luego, se analiza otro manuscrito más tardío (c. 1084), que contiene una representación de la Virgen María y que constituye la más temprana representación bizantina de la Madre de Dios sosteniendo un libro. En relación con el contexto del círculo culto de los Comneno, se trata de exaltar la piedad de la mujer que lee las Escrituras y ama el conocimiento¹¹⁶.

En la época de los Comneno, en relación con lo anterior, hubo una revitalización de la teología¹¹⁷, llegándose a concebir la ortodoxia como un verdadero signo de identidad “nacional”. En el año 1080 Alejo fundó la Academia Patriarcal, institución orientada a la formación del clero y

¹¹³ Ibid., V, IX, 3 (p. 259).

¹¹⁴ Ibid., Proemio, III, 2 (p. 82). Magdalino, P., "The Pen of the Aunt: Echoes of the Mid-Twelfth Century in the Alexiad", en: Gouma-Petersen, Th., op. cit., p. 15; Wilson, N., op. cit., p. 254; Reinsch, D., op. cit., p. 89.

¹¹⁵ Laiou, A., op. cit., p. 5.

¹¹⁶ Anderson, J., "Anna Komnene, learned woman and the book in Byzantine Art", en: Gouma-Petersen, Th., op. cit., pp. 125 y ss.

¹¹⁷ Mazal, O., op. cit., p. 144.

que elevó el nivel y la reputación de los estudios teológicos¹¹⁸. La influencia de la iglesia se hizo sentir, como ya vimos, en el proceso y condena de Juan Italos en 1082.

2. Ana Comneno

Ana Comneno (1083-1153/54) es una de las pocas personalidades bizantinas que son conocidas tanto por los historiadores que se dedican al occidente latino, como por los que estudian el oriente bizantino, dado que en su *Alexíada* se registra un vívido cuadro del momento en que los cruzados llegaron a Constantinopla en 1097. A pesar de tal relevancia, la historiografía no se ha preocupado mucho de su persona, sino siempre en relación a su importancia como fuente para la primera cruzada o para la historia de Bizancio. Después de 1929, cuando se publica el siempre citado, completísimo y erudito estudio de Georgina Buckler –reeditado hace poco, lo que demuestra su vigencia-, hay que esperar hasta el año 2000 para encontrar otra monografía dedicada a Ana Comneno, en este caso, una obra de carácter colectivo dirigida por Thalia Gouma-Peterson. De interés más general es el libro de Barbara Hill que, entre otras personalidades, se preocupa de la princesa en un trabajo que se inscribe en la línea de los estudios de género. La historiografía, así, parece estar en deuda con la princesa bizantina.

Ana nació en 1083, en el ambiente cortesano, culto y refinado que hemos intentado esbozar líneas atrás. Su padre, Alejo I Comneno, provenía de una familia aristocrática cuyos miembros se habían destacado por servicios prestados al imperio, específicamente en el ámbito militar, ya desde la época de Basilio II. De hecho, el ascenso de los Comneno representa el triunfo de la aristocracia terrateniente en Bizancio, lo que tuvo repercusiones en los planos político, social, económico y militar. Así, bien puede decirse que con los Comneno se inicia una nueva época para el Imperio¹¹⁹.

Los Comneno constituían un poderoso clan, conectado con las grandes familias de la aristocracia bizantina¹²⁰. Alejo I, en un matrimonio concertado por conveniencia, casó con Irene

¹¹⁸ Treadgold, W., op. cit., p. 691; Ducellier, A., op. cit., p. 229.

¹¹⁹ En Bizancio, por cierto, a diferencia del Occidente Medieval, nunca se concibió el poder en directa relación con una estirpe o una cuna noble; la *eugeneia* hay que entenderla más bien en un sentido retórico que político, v. Dagron, G., *Empereur et Prêtre. Étude sur le "césaropapisme" byzantin*, Gallimard, 1996, Paris, pp. 33 y ss.

¹²⁰ Laiou, A., op. cit., p. 10.

Doukaina (1078), de la familia de los Doukas e hija de María de Bulgaria y Andrónico Doukas. Alejo, con el tiempo, aprendió a amar a su esposa, y ésta influyó cada vez más en él¹²¹. Ana fue su primogénita, y en su *Alexiada* no tiene sino elogios al recordar a sus padres y su amorosa crianza, como cuando relata que, aún en el vientre materno, espera que su padre regrese de una batalla para nacer:

“Como oí a la emperatriz, mi madre, contar en algunas ocasiones, dos días antes de la entrada del emperador en palacio (que ya regresaba de las guerras contra Roberto y de sus innumerables trabajos y batallas), ante la presencia de los dolores de parto, hizo la señal de la cruz sobre el vientre y dijo: “Aguarda aún, hijito, hasta que llegue tu padre”. Su madre, la protovestiaria, añadía ella, se lo reprochó duramente y le replicó con ira: “¿Y si no regresa en un mes, eh? ¿Cómo podrás tú aguantar tan grandes dolores?” Así se expresaba su madre; sin embargo, la orden de la emperatriz cumplió su objetivo, hecho que dejó bien subrayado, aun sin haber nacido, mi futuro afecto por mis padres.”¹²²

La devoción filial de Ana hacia sus padres, y el orgullo de su origen familiar, son incondicionales¹²³, y en más de una ocasión hace notar su carácter de porphyrogénita, esto es, de hija legítima de un emperador en ejercicio y, teóricamente, con derecho de sucederle. Eran porphyrogénitos los hijos imperiales que nacían en una especial sala del Palacio Imperial que estaba revestida de mármol rojo, de pórfido, de manera que la primera experiencia sensorial del recién nacido fuese la púrpura, color de la *basileia*, esto es, la realeza¹²⁴.

De hecho, Ana siempre pensó que su destino sería gobernar el imperio como emperatriz – tras contraer matrimonio, por cierto-, y grande fue su decepción cuando la corona recayó en su hermano menor, Juan. En una maniobra que muestra que la princesa era también ambiciosa, intentó asesinarlo en un fallido complot después del cual hubo de retirarse al monasterio de Kecharitomena en 1118, donde permanecerá hasta su muerte.

¹²¹ Hill, B., op. cit., p. 34.

¹²² *Alexiada*, VI, VIII, 2 (pp. 280 y s.).

¹²³ Laiou, A., op. cit., p. 4.

¹²⁴ v. Dagron, G., op. cit., pp. 33 y ss.

En su niñez Ana había sido prometida a Constantino Doukas, unión que no prosperará por su prematura muerte, desposando finalmente a Nicéforo Bryennio, a quien amó profundamente, aun en su viudez:

“Cuando llego a este punto, se me llena de vértigo el alma y se humedecen mis ojos con los torrentes de mis lágrimas (...) ¡Qué gracia también le corría por los miembros y qué aspecto no digno de un reino de aquí, sino, como algunos dicen, de uno más divino y mejor! (...) El dolor que experimentaba por el estado del César y su inesperada muerte alcanzaron mi alma y me causaron una profunda herida. Creo que las precedentes desgracias frente a esta insoportable desgracia son como gotas en comparación con todo el océano Atlántico o las olas del mar Adriático.”¹²⁵

La princesa recibió –según se desprende de sus palabras- una educación de gran calidad, en concordancia con el auge de la cultura de la época de los Comneno. En muchos momentos Ana se refiere con orgullo a su educación¹²⁶:

“...no sólo no soy inculta en letras, sino incluso he estudiado la cultura griega intensamente, que no desatiendo la retórica, que he asimilado las disciplinas aristotélicas y los diálogos de Platón y he madurado en el quadriunio de las ciencias (debo revelar que poseo estos conocimientos –y no es jactancia el hecho- todos los cuales me han sido concedidos por la naturaleza y por el estudio de las ciencias, que Dios desde lo alto me ha regalado y las circunstancias me han aportado)...”¹²⁷

Consecuentemente con el reavivamiento de la teología, los padres de Ana no veían con simpatía que su hija se instruyera en los textos clásicos –donde comparecían el politeísmo, la permisividad sexual a la vez que abundaban tópicos inmorales, todo ello considerado impropio para

¹²⁵ *Alexiada*, Proemio, IV, 1-2 (pp. 83 y s.)

¹²⁶ Laiou, A., op. cit., pp. 4 y s.; Buckler, G., op. cit., p. 165.

¹²⁷ *Alexiada*, Proemio, I, 2 (p. 80).

una joven-, prefiriendo su instrucción religiosa, aunque en las noches, a escondidas, estudiaba Ana a los clásicos; una vez que se hubo casado, profundizó en tales estudios¹²⁸.

Ana llegó a tener una cultura impresionante y amplísima, además de ser capaz de escribir en un griego correctísimo, esto es, en un aticismo pronunciado, como que la *Alexíada* es una obra que plantea grandes dificultades para su traducción¹²⁹. De la Grecia clásica conocía su historia y a los grandes autores: Homero, pieza clave en su obra, donde cita 66 veces la *Ilíada* y la *Odisea*, siendo 47 de ellas referidas a la primera obra; también había leído a los grandes historiadores: Heródoto, Tucídides –cuyo sentido del análisis de los hechos es esencial- y a Polibio. Se había instruido en filosofía (Platón, Aristóteles), oratoria (Isócrates), y conocía prosistas, líricos, trágicos, destacándose en su formación autores como Sófocles, Eurípides, etc. No se trata, dice Diehl, solamente de una mujer instruída, sino de una mujer sabia, que podía citar correctamente y de memoria a muchos autores.

En medicina también era competente la princesa, como queda de manifiesto en la *Alexíada* cuando, a propósito de la enfermedad que llevó a su padre a la muerte, Ana discute de igual a igual con los médicos, manifestándose sus conocimientos científicos (la teoría humoral heredada de la Antigüedad y proyectada a través de toda la Edad Media, tanto en el Occidente Latino como en el Oriente Bizantino) y terapéuticos¹³⁰:

“Estaba yo presente por orden de mi señora para ser árbitro en las deliberaciones de los médicos; yo misma estuve oyendo a quienes hablaban y estaba de acuerdo con las palabras de Calicles...”¹³¹

Por cierto, nunca cita un autor latino, ya que Ana no conocía el latín, igual que su padre que, enfrentado a los Cruzados, requería de traductores¹³². Ya en el siglo IX un conspicuo personaje había dicho en Bizancio que la lengua latina era una *lingua barbara et scythica*, digna de bárbaros. La brecha lingüística entre un oriente griego y un occidente latino constituye uno de los fenómenos decisivos –no el único, claro está- en el distanciamiento cultural, religioso, político y, en suma,

¹²⁸ Reinsch, D., op. cit., p. 87.

¹²⁹ Ibid., p. 88; Ljubarskij, J., "Why is the *Alexiad* a masterpiece of Byzantine Literature?", en: Gouma-Peterson, Th., op. cit., p. 170; Mazal, O., op. cit., p. 165.

¹³⁰ Buckler, G., op. cit., pp. 215 y ss.

¹³¹ *Alexíada*, XV, XI, 3, p. 624.

¹³² Buckler, G., op. cit., pp. 179 y 186.

histórico, entre ambos mundos. El trágico desenlace lo constituirá la Cuarta Cruzada de 1204, ya intuída por Ana¹³³:

“...por ejemplo Bohemeundo y sus seguidores, que albergaban en su seno otras intenciones, es decir, poder apoderarse también de la ciudad imperial como si hubieran descubierto en ella una cierta posibilidad de provecho”¹³⁴. “En conclusión, los latinos (...) ambicionaban desde hacía tiempo gobernar el imperio de los romanos, y querían apropiárselo...”¹³⁵

A su educación clásica se suma una sólida formación religiosa, de línea conservadora, que se refleja en su rechazo a las ideas de Italo y sus seguidores y sus invectivas contra herejes y bogomilos¹³⁶.

Precisamente por su esmerada y dedicada educación, Ana critica duramente el poco interés por los estudios generales (*enkyklios paideia*), el esquematismo reduccionista y utilitarista, así como, en general, el desinterés que existe en su tiempo por la cultura¹³⁷:

“Pero es que ahora el estudio de estos maestros, de los poetas, de los historiadores y de sus experiencias no ocupa siquiera un lugar secundario; el único interés es el juego... Digo esto porque estoy irritada ante el completo desinterés por la formación general. Este hecho me consume el alma, porque yo he dedicado mucho tiempo a esos estudios y, cuando dejé las primeras enseñanzas, me encaucé por la retórica, me dediqué a la filosofía, me metí en ambientes de sabios, poetas y escritores y pulí la tosquedad de mi lengua; posteriormente condené gracias al auxilio de la retórica la complicada complejidad de la esquedografía”¹³⁸.

¹³³ v. Marín, J., “Los últimos siglos...”, art. cit., pp. 197 y ss.

¹³⁴ *Alexiada*, X, V, 10 (p. 409)

¹³⁵ *Ibid.*, X, VI, 7 (p. 411).

¹³⁶ Laiou, A., op. cit., pp. 4 y ss; Buckler, G., op. cit., pp. 197 y ss; Reinsch, D., op. cit., p. 8; Ljubarskij, J., op. cit., p. 171; Diehl, Ch., op. cit., II, pp. 29 y ss.; *The Oxford...*, II, p. 1142.

¹³⁷ Buckler, G., op. cit., pp. 173, 182 y ss.

¹³⁸ *Alexiada*, XV, VII, 9 (p. 613).

Asimismo, a raíz del caso de Italo, se pronuncia acerca del rol moral de la educación que imparten los profesores¹³⁹.

Desde 1118, como anotábamos líneas atrás, Ana vive en un monasterio. Aun desde allí, ejerció el patrocinio cultural, siendo el centro de un círculo aristotélico que incluía a varios intelectuales relevantes de la época¹⁴⁰. A pesar de las críticas de la propia Ana, vive un momento de eclosión cultural y, a juzgar por sus frutos, se puede deducir que todavía en el siglo XII se contaba con bibliotecas de recursos notables en Bizancio¹⁴¹.

Fue en 1148, treinta años después de la muerte de su padre, Alejo I, y siempre viviendo en el monasterio, que Ana, ya de 65 años, comenzó a escribir la obra que habría de darle fama universal: la *Alexíada*, que hemos ya citado tanto.

Irene Doukaina había encargado a Nicéforo Bryenio, esposo de Ana, escribir una historia del reinado de Alejo, la que quedó inconclusa tras su muerte, asumiendo entonces la princesa la responsabilidad de continuarla. Ello ha llevado a que Howard-Johnston haya rechazado la autoría de Ana, basado esencialmente en un argumento bastante débil: las precisas descripciones de batallas no son propias de una mujer; tal idea es absolutamente rechazada hoy en día, pues se puede establecer con seguridad que Ana conocía la obra de Bryenio tal como ha llegado hasta nosotros, y no es simplemente su “editora”¹⁴².

Tanto por su título, como por su contenido y su “tono”, la *Alexíada* no es sólo una obra histórica, sino que también se la puede concebir como épica, no solamente por el relato de las batallas sino también, como advierte Laiou, por su concepción del rol que juega el Imperio en el mundo, y allí, su padre, Alejo¹⁴³. Magdalino, por su parte, pone el acento en la originalidad de la obra, al señalar que se trata, en rigor, de una biografía épica en prosa, lo que constituye una interesante innovación en ambos géneros, el épico y el histórico¹⁴⁴.

Ésta obra, cuyo título nos evoca ecos homéricos, la escribió Ana para que no se perdiese el recuerdo de las grandes hazañas de su padre, lo que no deja de ser un lugar común que nos recuerda a la historiografía clásica. No obstante, y más allá del *leit motiv* que impone el estilo, las motivaciones de nuestra escritora estarían relacionadas directamente con la época del gobierno del

¹³⁹ Buckler, G., op. cit., p. 173.

¹⁴⁰ Wilson, N., op. cit., p. 254 y s.; Mazal, O., op. cit., p. 155; *The Oxford...*, II, p. 1142; Laiou, A., op. cit., p. 5; Anderson, J., op. cit., p. 125.

¹⁴¹ Wilson, N., op. cit., p. 258.

¹⁴² Reinsch, D., op. cit., pp. 98 y ss.; Magdalino, P., art. cit., p. 15; Buckler, G., op. cit., p. 165; Hill, B., op. cit., p. 2.

¹⁴³ Laiou, A., op. cit., p. 6.

emperador Manuel Comneno, que para Ana representa una degradación que no se veía en Palacio desde la época anterior a Alejo I, y que éste había depurado¹⁴⁵. Precisamente el relato de la Primera Cruzada –donde los occidentales (celtas, *Keltoi*, según escribe Ana) son presentados como bárbaros arrogantes, ignorantes y ambiciosos- hay que entenderlo como una crítica indirecta a las políticas prolatinas de Manuel, rechazadas por su tía¹⁴⁶. Así, Ana no sólo evoca el pasado, invocando el nombre de su padre, sino que su pluma también provoca.

Para componer su obra Ana se sirvió de su gran cultura, donde encontró modelos retóricos a imitar, como también de fuentes oficiales que tenía a su disposición¹⁴⁷. De hecho, la princesa es bastante honesta al momento de señalar sus fuentes, lo que otorga un alto grado de objetividad a la obra, que la autora a menudo se encarga de resaltar desde el comienzo¹⁴⁸:

“Y si acuso a alguno de mis parientes (...) que nadie se enoje: he decidido escribir la verdad de todos los acontecimientos...”¹⁴⁹. “Pues el hecho de que sea mi padre no constituirá motivo suficiente para omitir los actos que no fueron realizados acertadamente, si es que los hay; como tampoco pasaremos por alto las hazañas que llevó a cabo, por el simple hecho de que el protagonista de nuestra historia sea mi padre y se sospeche mi parcialidad. En cada uno de los dos casos ultrajaríamos la verdad”¹⁵⁰

No obstante, es cierto también que Ana se involucra muy personalmente en la obra, cosa inusual en la historiografía bizantina¹⁵¹. Efectivamente, junto al escenario –el Imperio-, y la presencia poderosa de la individualidad –“él”, su padre-, a menudo comparece el “yo” de la narradora, y ambos se entrelazan en un relato cargado de humanidad.

¡Metida en esta narración me he olvidado tanto por la índole de la historia, como por la excelencia de estos hechos, de que es mi padre el protagonista de

¹⁴⁴ Magdalino, P., art. cit., p. 15; v. tb. Ljubarskij, J., op. cit., pp. 169 y ss.

¹⁴⁵ Magdalino, P., art. cit., pp. 16 y ss.

¹⁴⁶ Id. Véase Stephenson, P., “Anna Comnena’s *Alexiad* as a source for the Second Crusade?”, en: *Journal of Medieval History*, 29, 2003, pp. 41-54.

¹⁴⁷ Mazal, O., op. cit., p. 164.

¹⁴⁸ *Alexiada*, Proemio II, 1-3 (pp. 80 y s.).

¹⁴⁹ *Ibid.*, I, X,2 (p. 114).

¹⁵⁰ *Ibid.*, I, XIV, 9 (p. 136).

las gestas que escribo. Con frecuencia, para no hacer sospechosa de parcialidad mi historia, paso por encima de los actos realizados por mi padre sin exagerarlos y sin cubrirlos de pasión. Ojalá no hubiera tenido dependencia alguna de este amor hacia mi padre y hubiera sido libre para demostrar a través de esta rica temática qué bien responde mi irrefrenable elocuencia a las hermosas acciones. Pero el afecto natural oculta este deseo mío ante el temor a que la gente crea de algún modo que invento una sucesión de prodigios por el deseo de hablar acerca de mi familia. En efecto, si recordara con frecuencia las hazañas de mi padre, vertería gota a gota mi alma escribiendo...”¹⁵²

Identificándose claramente como una mujer que escribe¹⁵³, y demostrando que la condición femenina no era un obstáculo en Bizancio para dedicarse a las labores intelectuales¹⁵⁴, Ana se mantiene en su rol de escritora, de narradora, intentando no involucrarse más allá de lo necesario. Así, conocemos su amor filial, sus elevados sentimientos hacia su familia, su educación, su orgullo de griega y porfirogénita, pero no sabemos cómo era ella físicamente –retrata minuciosamente a otros, pero no se preocupa de sí misma- ni tampoco conocemos nada acerca de su rol como madre, y ni siquiera sabemos el nombre de todos sus hijos, tal vez porque todo ello correspondía, para Ana, al ámbito privado del *gynaeceio*¹⁵⁵. Así, el “yo” que se involucra en la obra lo hace siempre en función del “él”, y no de sí mismo, guardando distancias, sin entrometerse y sin afectar necesariamente la objetividad. Es un equilibrio querido y deseado para no opacar al verdadero protagonista de la gesta.

Se ha atacado la objetividad de nuestra historiadora no sólo por su *presencia* medida y cuidada en la obra, sino también por la distancia temporal que la separa de los hechos relatados (recordemos que escribe treinta años después de la muerte de su padre). Como bien señala Magdalino, la cercanía o lejanía temporal pueden significar, simplemente, un tipo distinto de subjetividad y, además, cuando se recurre a los recuerdos, es natural que se dé una cierta distorsión. La novedad, dice Magdalino, no está, en realidad, en la distancia temporal, sino en la cercanía pasional, con su padre en el recuerdo, y con el momento que vive la autora en el presente.

¹⁵¹ Laiou, A., op. cit., p. 6.

¹⁵² *Alexiada*, IV, VIII, 1 (p. 229).

¹⁵³ v. *Alexiada*, Proemio, I, 2 (p. 80), y esp. I, XIII, 3 (p. 124). Reinsch, D., op. cit., p. 97.

¹⁵⁴ Buckler, G., op. cit., p. 165.

¹⁵⁵ Reinsch, D., op. cit., p. 97.

Es probable que la lealtad y admiración que siente la princesa por su padre la lleven a silenciar ciertos hechos o actitudes negativas del emperador que conocemos por otras fuentes¹⁵⁶; sin embargo, como señala Treadgold, normalmente ella exalta a Alejo por virtudes que realmente poseía, y dramatiza hechos que, en verdad, fueron dramáticos¹⁵⁷.

Con todo, a pesar de su formalismo o retórica, a pesar de los recuerdos y sentimientos personales involucrados en el relato, sigue siendo considerada una obra cumbre de la literatura bizantina, y su autora, representante de una tradición cultural secular –temporalmente hablando–, y el único caso de una historiadora en la Edad Media.

¹⁵⁶ Véase por ejemplo la *Historia Anónima de la Primera Cruzada*, *Narratio* I, 3, II, 5, donde se llama a Alejo *iniquus imperator*, o *infelix imperator* (*Histoire Anonyme de la Première Crisade (Gesta Francorum et aliorum Hierosolimitanum*, c. 1099), Editée et Traduite par L. Bréhier, "Les Classiques de l'Histoire de France au Moyen Age", Les Belles Lettres, 1964, Paris). Tb. Laiou, A., op. cit., p.8.

¹⁵⁷ Treadgold, W., op. cit., p. 693. Véase Lemerle, P., "Byzance et la Croisade", en: *Relazioni del X Congresso Internazionale di Scienze Storiche*, (Roma 4-11 settembre 1955), Vol. III, *Storia del Medioevo*, Florencia, 1955, pp. 13-24, ahora en: Lemerle, P., *Le Monde de Byzance: Histoire et Institutions*, Variorum, 1978, London, p. 597. Sobre la calidad de esta fuente, escribe: "Il n'y a pas de comparaison, pour le sérieux du récit, l'enchaînement des faits, l'intelligence de leur interprétation, avec aucune des sources occidentales" (p. 596)